

EL MONTÉMOLINISMO

Conferencia pronunciada en el Acto de Uldecona por don Francisco Elías de Tejada

ENSEÑANZA POLITICA DE CATALUÑA

Siempre es agradable hablar en un acto en que se recuerda la memoria de unos héroes; pero es mucho más agradable, todavía, cuando se hace en esta tierra catalana, que parece hecha especialmente para recoger todas las brisas del clasicismo mediterráneo, fundiéndolas en este corazón entrañable de todo el orbe catalán, que es la tierra del Maestrazgo, situada en la encrucijada de la cultura de un pueblo que dió nacimiento nada menos que a esa idea tras la que van, caminando incansablemente, los distintos pueblos de Occidente, sin encontrarla nunca. No es posible recordar a los héroes que cayeron hace cien años, en la pasión venturosa al par que triste de San Carlos de la Rápita, sin recordar al mismo tiempo la aportación fundamental que a la civilización ha dado esta gente de la tierra clásica de Cataluña.

Todo predica aquí seny, equilibrio, armonía. Auténtico sentido catalán de la existencia. Cuando venía por esta carretera, que monta y trepa desde Tortosa hasta Uldecona, me parecía adivinar, en cada una de esas nubecillas que bogaban por el cielo, algo así como las blancas velas de aquellas naves imperiales, cuya gloria cantó Ramón de Montaner, cronista impar para tanta gloria.

LA LENGUA CATALANA

Andando por Tortosa recordaba que en esta tierra surgieron las leyes que regularon todo el comercio mediterráneo y que parece que quedaron como cristalizadas en esta Lonja, que es un navio anclado entre palmeras. La lengua que oía, sea en Tortosa, sea aquí en Uldecona, era la lengua primogénita de Occidente, aquella en que se formaron los primeros libros, apenas la cultura se desahía de los pañales del latín antiguo. Aquella que nos dió, con los trovadores, la primera lírica que el Occidente ha conocido, con el valenciano Joan de Pertusa el primer libro de teología escrito en lengua vulgar, y los primeros libros de teología, con vuestro rey don Jaime el Conqueridor y con aquel otro conquistador de almas que fué el beato de la barba florida de Mallorca: Raimundo Lulio.

EL FENOMENO POLITICO CATALAN

Andando por Uldecona recordaba que aquí vino la majestad de nuestro señor Felipe II, el mayor rey que la historia ha conocido. Al igual que aquella lección profunda de equilibrio catalanismo que nos dió nuestro otro señor, el mayor emperador de Occidente, Carlos V, al fundar en el Colegio de San Luis, un centro para estudios de moriscos, en aquel patio en que, la sombra de los veintiocho reyes de la Corona aragonesa parece simbolizar este matrimonio ejemplar y único, catalanismo, de la libertad con la realza, en sus broncas y secas figuras de granito. Recordaba también, en esta tierra, que aquí celebraron Cortes de libertad los pueblos más libres del Occidente, en tiempos de don Martín el Humano, en Uldecona y, sobre todo, como la gloria más perfecta quizá de toda la cultura española, aquellas espléndidas Cortes de Tortosa de 1399, en las cuales se realizó aquel ensueño de lección política que tantos papanatas han ido a buscar en la Inglaterra victoriana, sin haber sabido que había nacido aquí, a la sombra de las palmeras tortosinas, la idea de que el imperio consiste en educar a los pueblos a

ser libres. Si empiezo recordando aquí esta gloria, en esta tierra, es porque el Montemolinismo fué un fenómeno esencialmente catalán; catalán, por sus figuras de mayor prestigio; catalán, por las gentes que sintieron el anhelo de aquellas horas tristes; pero es que el Montemolinismo supone una cosa en la historia del pensamiento político carlista, fue la hora en que se fueron forjando los ideales del Carlismo. Tras la paz forzada y forzosa que impuso la traición de Maroto se abre un período de desalientos; pero también un período de profunda meditación. Y en este período de profunda meditación, que es como un puente que sigue a 1839, para terminar como un arco triunfal en el Manifiesto a los españoles de 1864, se va forjando el pensamiento que preparó la gesta de San Carlos de la Rápita y la convicción de que el Carlismo era mucho más que una polémica doctrinal, era una concepción íntegra de la vida, la concepción española auténtica de la existencia.

NI PARTIDO NI QUERRELLA

Se ha discutido mucho por ahí si nosotros somos un partido político o una querrela dinástica. Si el Carlismo no fuera más que un partido político o una querrela dinástica hace mucho tiempo que habría perdido su razón de ser, porque entonces, agotadas las vías de la realidad histórica, habría dejado los giros de su propio pensamiento en las zarzas del camino hostil de la historia y en lugar de pensar con esperanza hacia el futuro, estaríamos como la mujer de Lot, cambiados en estatua de sal, por solamente mirar hacia el pasado. Pero el Carlismo supone mucho más que eso, supone mucho más que una dinastía, más que un partido, más que una circunstancia, es la única manera seria, recia, entera del sentido español de la existencia, porque la verdad es que nosotros no nacimos en 1833. Que nuestra historia empieza mucho más allá, la verdad es que nuestras banderas, cruzadas con la Cruz de Borgoña, son las mismas banderas que pasearon la gloria española por los campos de Flandes. Las mismas que besó el vendaval delante de los muros de Breda. Las mismas que ralentaron en las empresas hostiles americanas. Nosotros no podemos haber nacido en 1833, porque enarbolamos la auténtica versión de España, y no de la España chata que conocimos hace un siglo. Cuando viene la paz forzada y forzosa y empieza la hora de la meditación, España se desangra en las ruinas de la pedantería del Ateneo y en la decadencia de los generalitos liberales. La reina castiza y chulapona paseaba su gracia desgarrada por los bailes de candelil en Madrid. El Rey Francisco arrastraba sus vergüenzas en

las salas y los pasillos, soñoliento, del Palacio de Oriente. Por decirlo en los versos de Valle Inclán, con desgarro valleinclanesco: *«Lucero se atusa, con toses de guapo, rie la comadre feliz y carnal, y un temblor cachondo la baja del papo, al anca fondona de yegua real, y mientras tanto los reyes legítimos andaban desperpezados y tristes por el extranjero. Los generalitos liberales se disputaban, alternativamente, los favores del poder y los favores de la reina. Y hubo un general, que habiendo conocido las circunstancias en que se produjo el cambio dinástico a la muerte de Fernando VII, sintió la voz profunda de la entraña de la verdad y del honor, y vino a estas tierras clásicas del cruce de Cataluña con Valencia y fue traicionado y fue preso y fue juzgado ilegalmente y fué fusilado. Y cayó un día triste, el 18 de abril de 1860, delante de un piquete de ejecución. Pero sus ideales no cayeron con él. Sus ideales no podían caer con él, porque si hubieran caído con él hubiera desaparecido la esencia de España. Porque pensámoslo bien. La Edad Media constituyó un orden cerrado de valores, una jerarquía ordenada de pueblos, que se quiebra cuando nace Europa en la época del Renacimiento. Prodióse entonces la ruptura teológica por obra de Martín Luter. La ruptura ética por mano de Maquiavelo. La ruptura política en la nueva concepción de la soberanía de Bodino. La ruptura constitucional, en los tristes tratados de Westfalia de 1648. Fué la hora en que en las tierras de Occidente Europa heredaba la cristiandad, horas tristes en que a medida que nacía y se desarrollaba Europa, iba muriendo y agonizando lentamente la vieja cristiandad del Occidente. Pero hubo un núcleo de pueblos, cuyos reyes quisieron defender la Cristiandad que moría, frente a la Europa que empezaba, fueron los catalanes, fueron los sardos, fueron los valencianos, fueron los castellanos, fueron las gentes de Nápoles y de Vascongadas, fueron las gentes de Galicia y Portugal. Fueron aquellos que pensaban, con Saavedra Fajardo, que Europa era un cúmulo de locuras, mientras que la verdad estaba en la vieja España que defendía la Cristiandad a muerte.*

LA IMITACION EUROPEA

Lo triste fué que en una determinada coyuntura, hacia el borde de 1700, estos españoles que no habían sido vencidos, aunque sí agotados por la tenacidad de la lucha antieuropea, vieron, en la propia capitania de la fortaleza, tomar el mando al Duque de Anjou, un francés. Hermanos catalanes, mientras más se estudia la historia de las Españas, en estos últimos siglos, cada vez me admira más la profunda razón agudísima que os asistía a vosotros a oponeros que Felipe de Anjou se sentara en

el Trono de Felipe II. Porque lo que él traía no era la nueva revisión de las Españas tras el agotamiento de la lucha antieuropea. Era transformar las Españas en un gigantesco Versailles de imitación. Y entonces asistimos al triste espectáculo de ver que los pueblos de la Corona aragonesa perdían sus libertades tradicionales, de ver que Castilla no recuperaba aquella que una coyuntura había podido dárles. De ver que a los pueblos americanos no se les daba tampoco, las propias libertades castellanas, que se preconizaban falsamente en el Decreto del Buen Retiro de 1707, para transformarlas en bandera falsa que amparase la imitación del absolutismo francés. Y desde 1700 para acá somos un conjunto de pueblos que, por empeñarse en imitar las modas europeas, vamos de bandado en bandado, y fuimos absolutistas en el siglo XVIII, porque absolutismo era la moda que corría por Versailles. Y fuimos liberales en el siglo XIX, porque liberalismo era la moda de los parlamentos de Londres o de París. Hicimos Facismo para imitar a Italia, y hubo comunistas para imitar a Rusia, y hasta hubo demócratas-cristianos para copiar al centro belga y, sin embargo, como reserva fundamental de las viejas Españas, quedaba un conjunto de hombres, que se empeñaban en seguir asidos a las viejas banderas de la ilusión española. Y éstos eran sencillamente los carlistas. Por eso los carlistas no daban una simple batalla de querrela dinástica, daban la última visión del sentido español de la existencia y de la vida. Y cuando vemos formarse con un Pou, con un Magin Ferrer, con un Balmes —que tanto tenía de carlista—, con un Pedro de la Hoz, aquellas huestes de aguerridos de la pluma, hermanos de los soldados que caían en los campos de batalla, vemos que no luchaban porque se sentara un rey en el trono de Madrid; luchaban por una cosa mucha más sencilla y mucho más profunda, por querer seguir siendo españoles. Por no querer copiar las fórmulas que de fuera nos venían, por seguir afeñados a la vieja ilusión imperial que un día nos hizo grandes. Por eso el Carlismo tiene un sentido dinámico y profundo al mismo tiempo, porque nosotros representamos la última bandera enarbolada de la ilusión española. Somos los últimos caballeros de la Dulcinea de Roma, somos los últimos caballeros del honor. Y he aquí que no permite más la coyuntura, sino aludir a la importancia que el Montemolinismo tiene, para la historia de las Españas modernas, porque él fué, cuando las gentes carlistas en la hora de la paz forzada y forzosa que trajo consigo la meditación inmediata, nos dimos cuenta que luchamos por algo más que por una querrela dinástica, que luchamos por esta profunda y entrañable verdad española. Y heme aquí un poco al final de mi tarea. Otros pudieran hablar con mayor autoridad y conocimiento que yo.

Solamente tengo que decir, en mis últimas palabras, la ilusión de expresar un deseo que consistiría, sencillamente, en pedirlos, hermanos catalanes, que sigáis cumpliendo ese viejo deber que tuvisteis en los tiempos antiguos, de enseñar a todos los pueblos en que consiste la libertad política. Sé que todo esto es pedir quizá demasiado, porque es pedirlos continuar la más bella de las tradiciones políticas que el Occidente ha conocido, porque si es difícil continuar la historia, cuán no será difícil continuar la historia de aquellos pueblos, que fueron los grandes pedagogos del Occidente. Cuando de política se hablaba, es pedirlos que sigáis pensando con aquella exactitud casi matemática, con que formulaba sus aforismos jurídicos la clara mentalidad, tallada en clasicismos, del jurista gerundense, Tomás de Mieres. Es pedirlos que nos enseñéis cuál es la verdad perfecta, orgánica, ordenada y libre, tal como la teorizaba vuestro incomparable Francisco de Ximenes. Es pedirlos que nos enseñéis cómo el convencimiento es la gran arma de las contiendas políticas, de la verdadera expresión de las polémicas entre los hombres: La guerra espiritual con la paz sensual, que postulaba el incomparable Raimundo Lulio. Es pedirlos que tengáis siempre presente que vosotros fuisteis capaces, gentes de la Corona de Aragón, gentes de Valencia y Cerdeña, de Aragón y de Cataluña, de realizar aquella hazaña portentosa, que fue el Compromiso de Caspe, con una sabiduría y un talento, un tino y una perfección de juicio, que ya quisiéramos para nosotros, ninguna de las gentes de Occidente, europeos españoles, en este mismo año de 1960 en que vivimos. Cuando vosotros, cuando quebraban todos los factores en pura plena edad de hierro, cuando era el rey el centro efectivo de todo ordenamiento político, y la clave de todo poder y orden de gobierno, supisteis tener la madurez de juicio, el seny, el equilibrio mental suficiente para elegir el problema angustioso, no pugna de banderías de partido, no a bases armadas de luchas militares, sino con un tribunal de justicia. Dándonos esta lección a los demás pueblos españoles, y dándonos con esta gracia mediterránea, con estos frutos amorosos de que hablaba un gran poeta de esta tierra, que son los más gustosos que pueda haber para hablar de español cuando de estas materias se trata. Dándonos un poco, enseñándonos a esta gente de la mesa, de esta ciencia y este saber político vuestro, como si enviárais allá un grón de vuestro mediterráneo azul y enseñado con este equilibrio y esa medida, que también decía un gran poeta moderno catalán, Joan Maragall, cuando se refería al contraste espiritual y profundo, que hace la unidad española en esta fertilísima variedad histórica que se da entre las gentes del orbe catalán, y las gentes del mundo castellano. «Sola, sola en mitj del camp, terra endins, trista es Castella, i està trista que sols ella, no pot veure el mar llunyant. Parleuli del mar, germana». Enseñados si vuestro equilibrio, y vuestro saber político, y enseñados porque buena falta nos hace a todos los españoles, en esta hora en que memoramos la gesta de aquellos hombres que murieron en 1860, no por una querrela dinástica, sino por seguir siendo españoles y secamente, españoles de veras.

Octubre de 1960



S/C 93-24

R 530

"El Montemolinismo"